

Estrenos de la cartelera madrileña

Magda Ruggeri Marchetti

d.juan@simetrico.es, de Jesús Campos García. Dirección y espacio escénico: Jesús Campos García. Iluminación y sonido: Juan Carlos Martínez. Intérpretes: María Cotiello, Carlos Manuel Díaz, Francisco Vidal. Teatro del Círculo de Bellas Artes. Madrid, 13 de noviembre de 2008.

La taberna fantástica, de Alfonso Sastre. Dirección: Gerardo Malla. Escenografía: Quim Roy. Vestuario: Pedro Moreno. Iluminación: Juan Gómez-Cornejo. Música y espacio sonoro: Miguel Malla. Intérpretes: Antonio de la Torre, Felipe García Vélez, Carlos Marcet, Enric Benavent, Paco Casares, Julián Villagrán, Miguel Zúñiga y otros. Madrid, Teatro Valle-Inclán, 11 de diciembre de 2008.

Calderón PPP, de Pier Paolo Pasolini. Dirección y adaptación: Ainhoa Amestoy. Traducción: Carla Matteini. Escenografía y vestuario: Beatriz Mena y Egoitz Bernaola. Intérpretes: Delia Vime, Pablo Rivero, Carlos Jiménez Alfaro, Silvia González, Carmen Varela, Laura Ros, David Velazco, entre otros. Centro Cultural Moncloa (Moncloa-Aravaca), Madrid, 13 de febrero de 2009.

La cena, de Els Joglars. Dramaturgia y dirección: Albert Boadella. Escenografía: Jordi Costa. Iluminación: Fer Lázaro. Intérpretes: Jesús Agelet, Xavier Boada, Jordi Costa, Ramón Fontserè, Minnie Marx, Lluís Olivé, Pilar Sáenz, Xavi Sais, Dolors Tuneu. Madrid, Teatros Canal, 25 de febrero de 2009.

Una refundación teológica del mito

Dejando aparte la obvia descodificación del jeroglífico del título, concordamos plenamente con cuanto el autor subraya en el programa de mano sobre la superación del mito primitivo de Don Juan en

nuestros días, aunque todavía perviva «la amalgama de sexo, violencia, religión y muerte». La primera parte, en obediencia al título, nos presenta a la pareja base del mito, Don Juan y Doña Inés como simétrica, pero pronto vemos que el burlador queda rezagado, y aún a la defensiva, ante



■ *d.juan@simetrico.es*, de Jesús Campos García.
Teatro del Círculo de Bellas Artes. Madrid, 13 de noviembre de 2008.
(Archivo AIET.)

esta Inés burladora que María Cotiello encarna como una mujer supermoderna en el sentido más agresivo del término. No sólo ha remodelado sin prejuicios su cuerpo, sino que colecciona conquistas y hace avergonzar al pobre Juan, que Carlos Manuel Díaz presenta con acierto tímido y medroso, viéndose claramente superado en osadía e imaginación y temeroso por las situaciones potencialmente incontrolables que ella crea: se queda en bragas en una cena con el Rector y le arrastra a un encuentro sexual avisando a los fotógrafos de prensa para vengarse de su expulsión de la Universidad. En efecto los personajes viven en ese ambiente

y Juan es un profesor que en su tiempo libre cultiva, además de las pendencias donjuanescas tradicionales, el hobby de la delincuencia informática poniendo sus habilidades al servicio de una Orden de «hackers de Cristo» (de evocación bastante evidente), en principio dedicada a disturbar sitios web pornográficos y tras la que, al parecer, estaría el propio Rector. Se trata de una «prelatura virtual», denominación también evocadora, para la que Juan trabaja más por medrar en aquella Universidad y por el gusto del daño informático que por el sentido de misión moral. Este burlador de la *net* casi suscita la pena del espectador, vién-

dose continuamente superado por una Inés cómplice-competidora que además ha dado su número de móvil a todos los asistentes a la cena.

La primera parte es divertida, pero la verdadera novedad está en la segunda, cuando Juan vuelve de Australia, a donde se había fugado por el escándalo suscitado por la muerte del Rector, causada oficialmente por un infarto, pero encontrado «colgado de una viga». Si el burlador se había salvado, no había tocado la misma suerte a Inés, probablemente asesinada. Juan va al cementerio a invitar a cenar a todos los que se considerasen agraviados por él, y en primer lugar al Rector, sin olvidarse de «colgar el desafío en Internet».

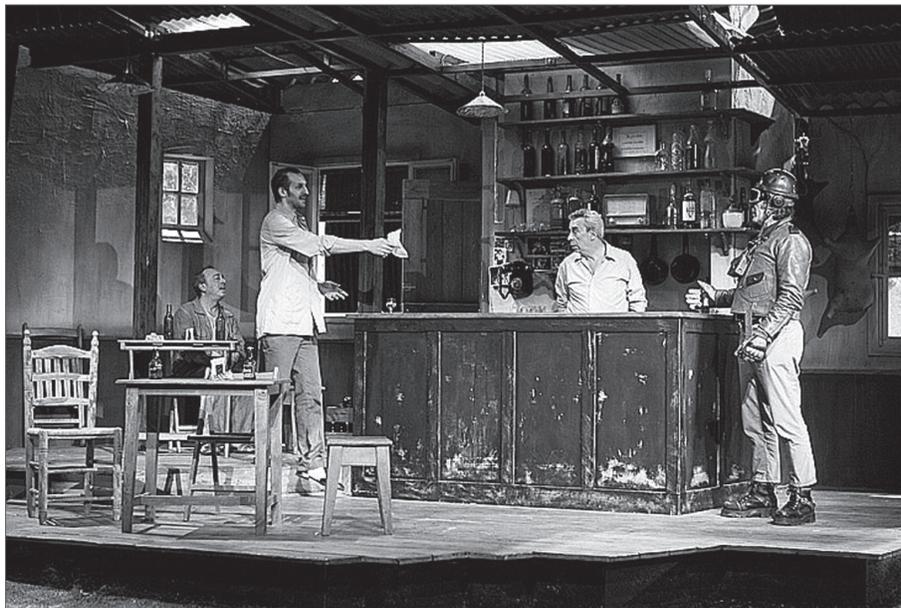
La actualización y refundación del mito abandona los viejos términos de los pecados clásicos y de la condena al fuego eterno, para adoptar conceptos más modernos. Por un lado Inés, que acude al convite, insiste en que el verdadero juicio es el de la propia conciencia y la pena la que viene de su eterno reproche, aunque la caricaturiza, sobre la base del suyo propio, como un «autoservicio». También para ella un solo segundo final de arrepentimiento puede ser salvífico porque «ese segundo es tu eternidad». Incluso para el Rector (Francisco Vidal), del que acude solo la imagen parlante en televisor y que encarna la doctrina canónica de excomuniones y tormento eterno para los pecadores, afirma que con la muerte se está «fuera del tiempo», concepto que, aun formulado por san Agustín, entra en la cultura teológica solo tras la teoría de la relatividad. Ante estas sollicitaciones Juan aparece desorientado, sin acertar a saber de qué tiene que arrepentirse, encarnando la actual crisis de la conciencia de pe-

cado. De hecho para él, como para Inés, la suya ha sido sólo una batalla del propio yo libertario contra las convenciones e imposiciones hipócritas de una moral religiosa, de una profesionalidad universitaria o de unas normas sociales al servicio de concretos poderes, combatidas con el arma de la transgresión extrema. En el fondo una guerra de poder entre aquéllos y la suprema propia capacidad de reírse del mundo, porque los «burladores de espíritu [entrarán] en el Reino de los Juegos» que tan bien representan los dos columpios orlados con guirnaldas de la escenografía.

María Cotiello y Carlos Manuel Díaz afrontan con naturalidad el duro trabajo de sostener un espectáculo tan denso de conceptos, sobre todo en la segunda parte. Los espectadores los aplaudieron con entusiasmo.

Entrañable *taberna* en el Centro Dramático Nacional

Ha sido un verdadero placer volver a ver esta obra escrita en 1955 que, en aquel entonces, no se pudo ni publicar ni representar. La primera edición de *La taberna fantástica* es la de Mariano de Paco de 1983 y se estrenó en 1985 bajo la dirección de Gerardo Malla, que hoy nos la vuelve a proponer con un montaje muy similar. Solo hay un pequeño cambio al final cuando, antes de hacerse el oscuro, la taberna se derrumba, acaso para subrayar que ese mundo ya no existe hoy, aunque sigue dándose otro tipo de marginación donde las drogas han sustituido al alcohol. A pesar de ello, la obra funciona todavía y lo demuestra el hecho de que la sala está siempre abarrotada y



■ *La taberna fantástica*, de Alfonso Sastre. Dirección: Gerardo Malla.
Madrid, Teatro Valle-Inclán, 11 de diciembre de 2008.
(Archivo AIET.)

es muy difícil encontrar entrada aún en el grandísimo aforo del Valle-Inclán. En efecto Sastre es un gran autor dramático y su obra es un clásico que resiste la prueba del tiempo.

La taberna fantástica representa la vida de los quinquilleros que no consiguen integrarse en la sociedad porque ésta los rechaza. «El quinquillero, en la vecindad, es el otro», afirma Sastre, y lo mismo se podría decir hoy del mundo de la inmigración. Los parroquianos de la taberna forman parte del ambiente que inspiró también a Rafael Morales y que interesaba mucho a Sastre, que le dedicó la poesía «Subproletariado». El autor crea en la

Taberna del Gato Negro un microcosmos suburbano del extrarradio madrileño en el que pulula un grupo de quinquilleros. En ella tiene lugar un delito casual, fruto del aguardiente y de un malentendido irrelevante.

El director, Gerardo Malla, consigue con pulso firme una magnífica puesta en escena de las desventuras de estas gentes marginales, que transpiran gran rudeza. Magistral es la interpretación llena de vitalidad y sentimiento que Antonio de la Torre hace de Rogelio, perpetuamente beodo, y supera el difícil reto de no hacernos añorar a Rafael Álvarez *El Brujo*. Su gran dominio y despliegue de recursos

le permiten simultáneamente emocionar transparentando la sensibilidad íntima del personaje, sobre todo en el momento en que en medio de los vapores del aguardiente monologa sobre su vida: «Mi vida es una novela...». Felipe García Vélez delinea a su personaje, El Carbuero, con trazo firme y exacto. Es un quinqu transplantado a la tecnología y al consumo, retornado de la emigración en Alemania, con atuendo motorista de botas y cazadora de cuero, casco integral y transistor en bandolera. Achulado por la conciencia de ser entre los suyos embajador de la tecnología y el desarrollo, no logra ocultar los signos del sufrimiento, las cicatrices con que la vida marca a su gente. Excelente Carlos Marcet, que interpreta a Luis, el tabernero, testigo cósmico, como el farolillo lorquiano, de altercados, peleas y reyertas cotidianas que amenazan con el cierre de su establecimiento. Magníficos y muy naturales el Caco y Paco el de las sangres, interpretados por Enric Benavent y Julián Villagrán respectivamente, así como Saturnino García (Ciriacó), Luís Marín (el Ciego de las Ventas) y Celia Bermejo (la Vicenta), que junto a todos los demás contribuyen a dar naturalidad a la acción.

Todos ellos saben resaltar el peculiar lenguaje de esta obra, que no sólo sirve para caracterizar el mundo de los quinquilleros sino sobre todo su profunda y radical identidad. En este vocabulario, rico de términos procedentes del caló, del argot carcelario o quinquillero, predominan series sinonímicas que se refieren a la borrachera, al robo y a la huida precipitada. Es muy interesante, también, el uso de nombres propios significativos: Machuna, Perruna, Caco, Carbuero, etc. En efec-

to, en sus diálogos emerge el desorden de su vida, pero también la fidelidad a cierto código de honor, como el sagrado respeto por la familia, por los muertos y por la propia casta. El mismo Rogelio ha vuelto al barrio a pesar del riesgo que corre de ser detenido, porque quiere asistir al entierro de su madre. El Carbuero afirma: «... parece que decir quinquillero es como decir hijo de puta... En ese oficio..., los hay tan honrados como el que más».

Reconocer la óptima dirección de Malla no obsta para que estimemos que las partes suprimidas, muy importantes en nuestra opinión, aligeran la pieza pero debilitan mucho la denuncia. El mundo desgarrador creado por Sastre queda un tanto edulcorado, pues la escena final, en la que dos personajes ateridos y borrachos contemplan las luces del bloque de viviendas donde está la supuesta felicidad, cobra su sentido pleno sólo después de las escenas que se han suprimido y que son las emblemáticas de la obra.

«El sueño del Caco» es un intermedio que representa los deseos inconscientes de su pobre gente. El epílogo, dividido en ocho momentos, tiene la función, peculiar en Sastre, de provocar la amargura y la subsiguiente toma de conciencia del espectador. Los tres primeros describen la muerte de Rogelio vista por el autor, que narra objetivamente los hechos escuetos acaecidos, vistos por un hombre de la calle que refleja la opinión común de desprecio hacia los grupos marginales, y finalmente por la prensa que considera esta riña un arreglo de cuentas. El quinto momento, el más significativo por el propio título: «La verdadera muerte de Rogelio el estañador», consta de una larga acotación cuya alegoría es clara: no es una



■ *Calderón PPP*, de Pier Paolo Pasolini. Dirección y adaptación: Ainhoa Amestoy. Centro Cultural Moncloa (Moncloa-Aravaca), Madrid, 13 de febrero de 2009. (Archivo AIET.)

vulgar riña lo que ha llevado a la muerte a Rogelio, sino la ignorancia, el sufrimiento y todos los achaques que afligen a los pobres, a los marginados.

La realización escénica de Malla retoma el texto en los momentos VII y VIII, que se sitúan de nuevo en la acción real. El Caco y Badila, tristes, conscientes de la tragedia de su ignorancia, se dan cuenta de que pueden ser engañados por cualquiera, sobre todo por su condición de analfabetos.

Sentimos tener que repetir lo que ya escribimos en 1985, sobre todo porque el espectáculo funciona y gusta muchísimo al público que se divierte y aplaude

entusiasmado. A los estudiosos de Sastre en cambio, nos hubiera gustado ver realizada su propuesta estética de «tragedia compleja» tal como la concibió y definió su autor. Sólo representada en su totalidad *La taberna fantástica* puede producir la única catarsis que Sastre considera válida: una catarsis compleja que tiene dos momentos: uno, el propiamente catártico, en que se produce la emoción afectiva (por ejemplo la muerte de Rogelio), y el segundo que es la toma de conciencia de la situación (el epílogo ausente). El espectador tiene que dar una respuesta intelectual que sólo puede producirse por medio de esos elementos que son distan-



■ *Calderón PPP*, de Pier Paolo Pasolini. Dirección y adaptación: Ainhoa Amestoy. Centro Cultural Moncloa (Moncloa-Aravaca), Madrid, 13 de febrero de 2009. (Archivo AIET.)

ciadores, pero también aproximadores.

En cualquier caso agradecemos a Gerardo Vera, director del Centro Dramático Nacional, este merecido homenaje a Alfonso Sastre y le exhortamos a repetirlo pronto con otra de sus magníficas obras de estos últimos años.

Pasolini mira a España

Nos hemos sorprendido gratamente viendo en el Centro Cultural Moncloa (Moncloa-Aravaca), cuyo concejal Álvaro Ballarín está dedicando especial atención a la cultura, el acertado montaje de una de las obras más difíciles de Pier Pao-

lo Pasolini, *Calderón PPP*, bajo la dirección de Ainhoa Amestoy. En realidad no debemos extrañarnos dada la gran preparación de esta joven directora con un bagaje de estudios y cultura considerables. En efecto es licenciada en Teoría de la Literatura y Literatura comparada por la Universidad Complutense, así como en dirección de escena en la RESAD con otro difícil trabajo: *El Triciclo*, de Fernando Arrabal. A sus treinta años, numerosas son las piezas que ha montado y trabaja sin descanso, dando clase de literatura dramática en las Universidades de Hamilton, Middlebury y Colgate y siendo programadora de teatro y danza en el dis-

trito de Moncloa-Aravaca. Es la segunda vez que estrena una obra en el marco de «Escena Contemporánea». La primera fue en 2005 con *El cuarteto de Müller*.

Pasolini es sin duda uno de los autores más significativos del siglo xx y nos ha dejado novelas, poemas, ensayos, películas y obras dramáticas, que difícilmente se ven bien montadas, dando relieve a su gran valor poético y a su exaltación de la palabra. Fue también una figura política y toda su obra está vinculada tanto a la actualidad italiana como a la tradición del arte. Su crítica de la sociedad es todavía actual y su pesimismo ha sido profético sea por el fracaso del movimiento del 68, sea por la previsión de la llegada de una nueva forma de fascismo con la enorme capacidad de un exacerbado liberalismo y consumismo.

Calderón PPP es un homenaje que Pasolini ha querido hacer a la cultura española a través de *La vida es sueño*, obra central de su mayor dramaturgo. El autor invierte los papeles de manera que es Rosaura quien confunde la vigilia con el sueño. La dificultad de trasladar el texto a las tablas consiste no sólo en su extensión sino también en que abarca un largo lapso de tiempo. Por ello la directora ha tenido que prescindir de algunas partes, pero lo ha hecho sin menoscabo de la obra en cuanto quedan evidentes los múltiples temas del texto: crisis política, explotación, homosexualidad y sobre todo poder. En efecto se ha centrado en el personaje de Rosaura, mujer encerrada en una familia burguesa, muy probablemente franquista (estamos en 1973) que desea encontrar la libertad, una libertad que intenta conseguir en el sueño.

Los personajes con que la protagonista convive en sus sueños son Segismundo,

Pablo y Enrique y consideramos muy acertada la idea de hacerlos representar por el mismo actor, Carlos Jiménez Alfaro, en cuanto siempre es un ser capaz de luchar por la libertad y del cual ella se enamora. La hermana (Laura Ros) es presentada como un fante, contenta del mundo que le toca vivir, mientras que Basilio (Pablo Rivero), que encarna al principio al padre y al final al esposo, representa el poder siempre enfrentado con los deseos de Rosaura y generador de sus pesadillas. Este se apoya en dos sicarios, Leucos y Melainos, personajes malignos, que persiguen a la protagonista. Magníficas sus danzas durante los sueños, que los convierten en espíritus del mal.

En el primer sueño Rosaura ve su vida real, burguesa; en el segundo se imagina como una prostituta y el tercero, el único donde se encuentra bien, se desarrolla en un campo de concentración. Dentro del primer sueño Rosaura imagina ser la infanta Margarita y la directora lo ha resuelto perfectamente presentando al Rey y a la Reina bailando una pavana y una volta para acabar en la misma posición que ocupan en el cuadro de *Las meninas*. Lo mismo hacen algunos personajes, como uno de los sicarios, que está en la puerta como el chambelán y el violinista en el lugar del pintor. La música grabada de Jerónimo Maeso y la danza con la coreografía de Silvia González están muy bien integradas en la acción así como David Velazco que toca la viola y la melódica en escena.

La escenografía es sencilla debido también a las escasas dimensiones del escenario, pero fundamentales son las dos camas, sus barrotes-cabeceros y las mantas. Estos elementos se irán transformando, reflejando las experiencias por las que



■ *La cena*, de Els Joglars. Dramaturgia y direcció: Albert Boadella.
 Madrid, Teatros Canal, 25 de febrero de 2009.
 (Els Joglars.)

pasa la protagonista y también dibujarán los ambientes en los que despierta. La iluminación subraya la diversidad de los mundos y en especial muy útiles los globos que han conseguido dar la idea de la prisión o las rendijas de las paredes de la chabola de la prostituta. También el vestuario es sencillo, pero en línea con los años sesenta y con la clase social del personaje, dando preferencia al color gris muy oscuro que contrasta con la claridad rosácea del vestuario de la protagonista. Excelente el diseño de iluminación de Marta Graña. Todo el reparto actúa muy bien y se muestra muy compene-

trado con la directora. Delia Vime dibuja con gran acierto a la protagonista y sabe afrontar con soltura los momentos cumbre de la función. Carlos Jiménez Alfaro se desdobra con gran credibilidad en los personajes de los sueños. Silvia González y Carmen Varela consiguen visualizar acertadamente los espíritus malignos con sus sinuosos movimientos. Verdaderamente un buen espectáculo.

Els Joglars en estado puro

Con expectación hemos asistido a la última creación de Els Joglars, que nos tienen

acostumbrados a excelentes y divertidísimos espectáculos de sello inconfundible, y podemos decir que no nos han defraudado. *La cena* simboliza uno de los tantos estridentes, por no decir escandalosos, contrastes en la manera con que las instituciones públicas gestionan a menudo iniciativas oficialmente filantrópicas y altruistas, en este caso el cuidado del medio ambiente. La diana de la sátira es esta vez el ecologismo político, con sus ostentosos gestos de fachada e indignantes contradicciones, por las que, en nombre de la lucha contra la contaminación, se viaja en helicóptero a aparatosas cumbres de autoridades, se celebran banquetes de lujo a cargo de «gurús» de la cocina y menús de diseño inspirado en un ridículo simbolismo ecológico. No podemos dejar de imaginar alguna alusión a la famosa bóveda millonaria de la sede ginebrina inaugurada recientemente con cargo a las ayudas al Tercer Mundo.

El hilo narrativo sigue la organización de una cena de representantes internacionales de alto nivel en un parador andaluz, cuya directora y cocineros han de ponerse al servicio del «maestro Rada», celebridad mundial de los fogones, traído para la ocasión. Es inevitable, a continuación, la sátira de los chef-estrella, con nominación frecuente de Ferrán Adrià, exponentes de la cocina creativa basada en filosofías recombinantes de alimentos desestructurados y servidos con boato en microscópicas porciones. Los ayudantes de cocina, por coincidencia también de los actores, nos recuerdan a los empleados del almacén en *La increíble historia del Dr. Floit & Mr. Pla* mientras el chef del parador es el único que, a modo de San-

cho Panza, opone su honradez y simple realismo culinarios a las extravagancias del maestro Rada.

El látigo de Els Joglars dedica sus atenciones al estímulo del consumo y la salvación de la industria del automóvil mientras se lucha contra el deterioro ambiental, o a la cobertura mediática con protagonismo de expertos naturalistas o medioambientales que capturan ejemplares únicos para estudio, a cargo de un variopinto grupo coral que invade varias veces la escena. Por allí también desfila con inocentes saltos una niña con vestido de claros motivos verdiazulados que, a modo de la wagneriana Erda que soporta el globo terráqueo, encarna a la inocente tierra abusada. La imaginativa comicidad joglariana nos deleita con una reunión de secretarios y directores generales, que la ministra hace sentar en tierra en flor de loto, porque se ha eliminado el ofensivo mobiliario de madera y la magnífica mesa de roble se ha donado como pared de una favela en un programa de cooperación. Aquí y allá hay otras pinceladas críticas de actualidad, como la mención explícita del conocido juez Garzón.

Los actores, magníficos como siempre y ya entrañables por su veteranía, se doblan una vez más en varios personajes y no sabríamos a cuál dirigir más nuestro elogio, pero el buen Fontseré y la vivaz Minnie Marx siguen ocupando un lugar especial. Aunque la densidad satírica no alcance la cumbre de aquella portentosa *La trilogía*, también con *La cena* estamos ante Els Joglars en estado puro y la diversión inteligente y con trasfondo está garantizada, lo que los abundantes y efusivos aplausos reconocen con justicia.